

Capítulo 1

De cómo Sebastián Riquelme Bastida se establece en Tordesillas

Aquella mañana de Enero un muchacho y su madre esperaban en la estación de ferrocarril de Murcia el tren que, procedente de Cartagena, los trasladaría a Madrid. Allí harían trasbordo a un tren que, con destino Santander, tenía parada en Valladolid donde un familiar de la madre los estaría esperando en la estación de Campo Grande para llevarlos, en coche ya, a la vecina localidad de Tordesillas, en el corazón de Castilla, lugar donde su madre, aconsejada por algunos conocidos, había decidido reiniciar una nueva vida después de los últimos y desgraciados acontecimientos acaecidos.

Muchos años antes de esta mañana de invierno un hombre bueno, trabajador y sentimental, Ángel Riquelme Peregrín, nacido y crecido en Murcia, había conocido a Luisa Bastida Soto en uno de los viajes de negocios que solía hacer por diferentes localidades de España. La empresa de Ángel se dedicaba a confeccionar, para hoteles y comercios, artículos de propaganda como agendas, bolígrafos, mecheros, etc., en los que figuraba, con letras primorosas, de colores vistosos y llamativos, el nombre del hotel o del comercio y también, a veces, un logotipo. A primera vista puede parecer que este tipo de artículos no debería reportar grandes beneficios pero la realidad es que la empresa de Ángel era próspera y se ampliaba continuamente con nuevas ofertas, nuevos catálogos, nuevos pedidos y la contratación de más trabajadores.

Mientras Ángel se encontraba, en cierta ocasión, en el parador de Tordesillas intentando conseguir un pedido de sus artículos, llegó una mujer joven con una cesta llena de barras de pan que ocasionalmente vendía al parador cuando se acababa el que, en grandes cantidades, le suministraba otra panadería del pueblo de gran capacidad. El fenotipo de Ángel era el común de los hombres del levante. Ángel no era muy alto, ni muy bajo, ni muy moreno, ni muy blanco, ni muy atractivo, ni un adefesio, ni muy delgado, ni muy grueso, ni meapilas, ni agnóstico. En definitiva, Ángel era un término medio de hombre en lo físico. Un hombre corriente, que no vulgar, se podría decir. Pero Ángel tenía otra de las características de los hombres del Mediterráneo. Era emprendedor y aventurero, no se arredraba ante nada ni ante nadie. Había comenzado vendiendo piruletas en la puerta del cine Iniesta de Murcia y ahora tenía una floreciente empresa no muy lejos de donde estuvo situado este cine, ahora transformado en sala de Bingo. Además, Ángel tenía una virtud poco común: era un hombre bueno.

Y fue esta bondad, que emanaba con nitidez e intensidad de la figura de Ángel, con sólo mirarlo, la que estremeció e interesó a Luisa. Se miraron de soslayo más de una vez. Ella bajó la mirada y, algo ruborizada, se alejó de prisa después de haber depositado su

carga. Ángel, que ya había dado una considerable propina al conserje con el fin, no manifestado, de que le facilitara su contacto con los responsables del parador, preguntó a éste por detalles de Luisa de los que tuvo cumplida información.

Luisa, contó el conserje, era hija única y sus padres pertenecían a familias antiguas y respetadas de Tordesillas. El matrimonio, ya mayor, tenía una pequeña panadería en la calle Cantareros. La panadería se limitaba a vender el poco pan que, a su vez, compraban en una tahona, por lo que las ganancias eran escasas además de por la cruel competencia debida a ser Tordesillas un pueblo abundante en panaderías. Sin embargo vivían dignamente e incluso algo desahogadamente, pues sus exigencias materiales eran pocas. Los domingos por la tarde Luisa, con algunas amigas, paseaba por la Plaza Mayor esperando, en el fondo de su alma, que alguno de los chicos, que también paseaban en pandilla, se fijara en ella en algún momento en que las trayectorias de sus pasos se aproximaran lo suficiente y pudiera nacer en ella alguna flor de ilusión que paliara la rutina y sordidez de su monótono trabajo vendiendo barras de pan y chucherías. Nadie se había interesado por ella -al menos manifiestamente- hasta aquel día en que lo hizo Ángel en el parador. Esta novedad, unida a la evidente bondadosa personalidad de Ángel, fue la que la empezó a enamorar.

Luisa no era una mujer bella, pero era una mujer agradable. De unos treinta años, su vida íntima se limitaba a coleccionar fotos de algunos actores de películas y a escribir, inconstante y discontinuamente, una especie de diario donde plasmaba sus pocas alegrías y sus muchas frustraciones. Luisa hubiera hecho feliz a cualquier hombre pero no había habido, hasta el momento, ninguno dispuesto a que Luisa lo hiciera feliz. Luisa había pasado de esa edad de las mujeres de hace unos años en la que piensan *con quién me casaré yo* a esa otra edad en la que ya piensan en *quién se casará conmigo*. Ni su presencia ni su apariencia eran desagradables pero tampoco podría pensarse que despertaran mucho interés.

Al día siguiente del mencionado encuentro en el parador, Ángel, preguntando aquí y allá, dio finalmente con la panadería de Luisa en la que entró tímidamente sin saber muy bien qué hacía allí, ni qué decir. Delante de él dos personas comprando. Una quería dos barras de pan de centeno y la otra pan rallado para empanar unos filetes. En total 10 pesetas de ganancia. ¿Qué iba a comprar él? El amor no se compra y era lo que él quería. Se quedó mudo. Ella también. Después de este interminable silencio él se atrevió a decirle que le gustaría saber algo más de ella. Ella le contestó con un inoportuno, no deseado: "No se confunda usted conmigo. No quiero saber nada de los hombres". Dijo todo lo contrario de lo que pensaba, pero su moral, incrustada y encorsetada por años de tradición, la puso en esa tesitura. Él se fue pero tenía ya una determinación. Sabía su nombre y su dirección: Luisa Bastida Soto, C/ Cantareros nº 7. Le escribiría.

Luisa acabó contestándole a su quinta carta de amor con un contenido que, lejos de ser de amor, era de precaución, pero le escribió. Las siguientes cartas de Luisa a Ángel fueron cada vez menos tímidas, menos calculadas, más ligeras y alegres, más aladas, en definitiva, más femeninas. Escribía en papel rosa y perfumado con flores dibujadas a modo de marcas de agua. Se enamoraron, se ilusionaron, se prometieron dedicación mutua y después de algunos meses de relación en la distancia, mantenida a base de cartas, entre tiernas y apasionadas, llamadas telefónicas y alguna visita ocasional, y casi furtiva, de Ángel a Tordesillas, decidieron unir sus vidas y casarse el 26 de abril de 1990 en la iglesia de San Pedro de Tordesillas. El viaje de novios fue como todos. Quince días dedicados a conocerse más, a amarse más, a entenderse más. Quince días dedicados al cuerpo y al espíritu. Quince días dedicados a soñar. Quince días temiendo que se acabaran los quince días. Quince días inolvidables. Quince días que se suelen olvidar. Quince días que son el comienzo del fin. Quince días..... Después del viaje de novios se instalaron en Murcia, en el barrio del Carmen. En una amplia y cómoda casa como correspondía al próspero negocio de Ángel.

La vida en Murcia de Luisa era muy diferente a la de Tordesillas. Estaba rodeada de comodidades, dedicada a tareas aterciopeladas y gratificantes. Además se introdujo en la Iglesia, capitaneaba asociaciones de ayudas a los pobres, a los desfavorecidos por la fortuna, a los menesterosos. En la Parroquia del Carmen, la de su barrio, se hizo imprescindible. Es cierto, como dice un proverbio árabe, que los cementerios están llenos de personas que se consideraban a sí mismas imprescindibles. Sin embargo, Luisa, que no se consideraba tal, sí que lo era. Estaba dedicada a su marido y a su parroquia. Y era imprescindible para él y para ella. Quiso traer a sus padres a Murcia con ella. Lo intentó varias veces y ellos se negaron siempre. No querían alejarse de Tordesillas, de la que nunca habían salido. Murieron pronto. Primero el padre, dos años después de la boda de Luisa. Luego la madre, a los pocos meses. Suele ocurrir en los matrimonios que han permanecido juntos y amándose muchos años. A los pocos meses de morir uno de ellos, muere el otro. La soledad, en estos casos, es insufrible y sólo puede superarse con la muerte. La muerte de dos vuelve a unir lo que la muerte de uno ha separado. La muerte une dos a dos y separa uno a uno. La muerte compartida, más que una separación, es una unión y, además, una unión eterna. Estas consideraciones las hacía Luisa en su intimidad, cuando al quedarse sola por los viajes de Ángel, dirigía su espíritu a Tordesillas y a sus difuntos padres. Ella, realmente, nunca dejó Tordesillas. Su cuerpo residía en Murcia, pero su espíritu vivía en Tordesillas. Y su amor por Tordesillas creció aún más cuando desaparecieron sus padres. Se sentía culpable de no poder visitarlos en el cementerio, por no poder rezar por ellos ante su tumba. Luisa, después de su boda, había ido a Tordesillas sólo en dos ocasiones para asistir a la agonía y muerte de sus padres. Se debe destacar aquí que los últimos años de éstos fueron de abundancia y bienestar económico. Al tener que cerrar la panadería por la ausencia de Luisa, Ángel les asignó una cantidad mensual muy superior a la que ellos estaban acostumbrados a obtener de la modesta panadería que hasta la fecha habían regentado. Sólo empañaba este tardío

bienestar la ausencia de Luisa, su única hija. Quizás fue esta ausencia la que precipitó su muerte. Luisa, que lo sospechaba así, tuvo siempre, a partir de entonces, un cierto remordimiento de conciencia mitigado por la circunstancia de que sus últimos años habían sido económicamente buenos.

Después de fallecidos sus padres, la única familia de sangre que le quedaba a Luisa en Tordesillas era su tía Cristina, hermana de su madre, y sus dos hijos, Nicasio y Solemnio. La familia de Cristina poseía una bodega de considerable producción en la que trabajaban ella y sus hijos, que dirigía su marido, Julio, y que desde muchos años atrás les había permitido disfrutar de un alto nivel de vida. Cristina era la tía rica de la familia. En casi todas las familias hay un pariente rico, por lo menos con respecto a las posibilidades económicas de los demás. Y suele ocurrir que entre el familiar rico y los otros familiares no hay buena relación. No se sabe si es porque el rico se aleja o porque lo hacen los pobres. Es posible que sea una combinación de ambos movimientos en sentido contrario, lo que en la práctica da como resultado una separación real y meses, e incluso años, sin ningún tipo de comunicación entre ellos. En estos casos las únicas coincidencias suelen ocurrir en los velatorios y en los entierros de familiares o amigos comunes. Quizás también en algún bautizo, comunión o boda de los pobres porque los ricos no invitan a los familiares pobres a sus actos sociales, no quieren ser contaminados por la pobreza ni que se les remueva la conciencia. Como después de su boda con Ángel, Luisa había adquirido la condición social de rica, en los entierros de sus padres, donde toda la familia coincidió, Julio, Cristina y sus hijos Nicasio y Solemnio fueron amables y solícitos con Luisa y Ángel, se disculparon por la falta de comunicación anterior -debido a un exceso de trabajo, según ellos- y prometieron que eso ya no volvería a ocurrir en el futuro. Y en efecto, no ocurrió. A partir de entonces las cartas y las llamadas entre Luisa y su familia de Tordesillas fueron frecuentes y fluidas y nunca faltaba por Navidad una caja de seis botellas de buen vino de la Ribera del Duero en la casa de Luisa. De la misma manera, Luisa enviaba a Tordesillas, también por Navidad, un paquete con pasteles de carne, tocino de cielo y frutas de la feraz huerta murciana.

A los tres años de casados nació el primer y único hijo del matrimonio. Le pusieron por nombre Sebastián, por el abuelo materno. Sebastián Riquelme Bastida vino al mundo cuando más falta hacía que viniera. Cuando más sola, por huérfana, se encontraba su madre. Sebastián ayudó a paliar la doble orfandad de Luisa que, a partir de su nacimiento, dedicaba ya menos tiempo a la parroquia y más tiempo a su hijo. Esta desviación en su comportamiento suscitó celos en el párroco que notaba esta disminución de dedicación de Luisa, hasta tal punto que la relación terminó con la salida de Luisa de la parroquia para dedicarse íntegramente a Sebastián y a Ángel. Los curas párrocos suelen ser enamoradizos. Los que no son párrocos también. Posiblemente Luisa, desde la dulce madurez y serenidad que proporciona la maternidad, había ido enamorando a aquel párroco joven de una parroquia vieja. Su alejamiento de la parroquia fue bueno para ambos.

Sebastián Riquelme Bastida se crió sin que le faltara de nada. Fue a una guardería primero y después al colegio que los HH. Maristas tienen en el malecón de Murcia, un paseo en alto que transcurre paralelo al río Segura, de caudal muy menguado actualmente. Allí cursó los estudios de Primaria. Los estudios de Secundaria los realizó en el Instituto de Enseñanza Secundaria Floridablanca de Murcia, el más antiguo de la ciudad y también el de más prestigio. En el presente curso 2008-2009 inició el Bachillerato en el mismo Instituto. Desde que nació, Sebastián fue un niño muy cuidado y mimado. Hasta los siete años lo atendían dos niñeras, una por la mañana y otra por la tarde. Era Sebastián la alegría de sus padres que veían en él al continuador del negocio familiar a poco que se formara.

Cuando su padre, los fines de semana, estaba en Murcia, se dedicaba íntegramente a su hijo. Entre ellos dos fue surgiendo una relación especial que iba más allá de la relación paterno-filial. No podían estar uno sin el otro. Cuando Ángel estaba de viaje llamaba al hijo frecuentemente y hablaba con él más que con la madre. A partir de Abril el calor en Murcia comienza ya a ser insoportable y a partir de Abril, los fines de semana, la familia se desplazaba a Cabo de Palos, en la costa murciana, donde poseían un magnífico apartamento y también un barquito de vela de ocho metros de eslora que manejaba Ángel con la creciente ayuda de Sebastián, conforme éste avanzaba en edad. Era un niño feliz y, en cierto modo, muy consentido.

La relación de Sebastián con la madre era peor. Luisa estaba más en Tordesillas, con su pensamiento, que en Murcia y hacía cierta dejación de sus obligaciones de madre en manos de las dos niñeras al principio y de Ángel, cuando ya Sebastián era algo mayor, después. La añoranza de Luisa por Tordesillas era obsesiva y le impedía dedicarse, como debiera, a su hijo. Siempre que podía le hablaba a éste de Tordesillas, de su importancia histórica, del Tratado, del Toro Vega, de su buen vino y de su buena gente. Sebastián, al principio, la escuchaba con interés y con todo el comprensivo respeto que un niño es capaz de dar. Pero Tordesillas no tenía mar, ni posibilidad de navegar costeando desde Cabo de Palos a Javea, en Alicante, ni la luz del mediterráneo, ni almendros en flor en el mes de Enero ya, ni el azahar de los naranjos en primavera, ni el desenfado y amor a la calle de la gente murciana. Además Tordesillas era un pueblo y Murcia una capital. Poco a poco, sin darse cuenta, Sebastián comenzó a alejarse de su madre y a tomarle cierta fobia a Tordesillas, de la que cada vez le costaba más oír hablar.

Sebastián conocía de vista a don Roberto, uno de los profesores del Instituto, y había oído hablar frecuentemente de él, y siempre bien, a los alumnos mayores. Don Roberto era catedrático de matemáticas e impartía clases sólo en Bachillerato. Tendría don Roberto una edad rayana en los 60 años y un aspecto físico que permitía intuir que había sufrido y superado considerables dificultades en su vida. Eran *vox populi* en el Instituto su gran equilibrio mental, su capacidad de acercamiento al interior de las

personas, su comprensión de los problemas de los alumnos, además de su prestigio profesional. Era, sin duda, el mejor profesor del Instituto que, sin pretender nunca ser amigo de los alumnos (lo que era motivo de crítica entre los profesores jóvenes en sus frecuentes reuniones en la cafetería y en la sala de profesores) los atendía, los trataba y los enseñaba mejor que ninguno, y esto lo hacía de una manera natural, exenta de cualquier espíritu competitivo. A su edad ya estaba por encima de muchas cosas. Además de ser el mejor profesor del Instituto, el más carismático, era también el más querido. Quizá influía en esto su aspecto afable a la vez que triste. Se sabía que era viudo hacía ya mucho tiempo y que, al parecer, no había rehecho su vida. Se sabía con seguridad que vivía solo y que nadie del Instituto, ni profesores, ni conserjes, ni alumnos, lo habían visto nunca acompañado fuera del Centro. Era don Roberto de estatura media y andaba siempre algo encorvado, mirando al suelo, quizás porque le pesaban demasiado los muchos malos momentos con los que lo fue cargando la vida. Siempre llevaba consigo una carpeta de cartón azul y gomas blancas en la que llevaba colecciones de ejercicios para repartir a los alumnos y, además, algunos folios en blanco en los que, de vez en cuando, le habían visto escribir durante el recreo, sentado en un banco, algo apartado y sin apenas luz, que hay en la primera planta del Instituto.

Sebastián ha realizado los cuatro cursos de la Enseñanza Secundaria Obligatoria brillantemente y ha adquirido fama entre sus compañeros de buen estudiante. En cuarto curso de Secundaria, el pasado curso académico, con dieciséis años y las hormonas en plena ebullición, se enamoró Sebastián, intensa y casi súbitamente, como sólo un adolescente puede hacerlo, de una compañera de clase, María Casares, una chica de su misma edad, rubia, ojos verdes, nariz ligeramente respingona, un poco más alta que él, simpática y dulce, perfectamente formada y además inteligente y, como él, buena alumna. Sebastián se enamoró de María pero María no de Sebastián. María ignoraba a Sebastián a pesar de que éste le mostraba sin recato su interés por ella. Llegó incluso a decirle que no la molestara más, que la dejara en paz. Algunas compañeras de María quisieran haber estado en su lugar, pues Sebastián era un chico agraciado físicamente, buen estudiante y además - se comentaba - manejaba mucho dinero e invitaba frecuentemente a sus compañeros. Era Sebastián un buen partido para todas menos para María, la única por la que Sebastián bebía los vientos.

En el actual curso académico Sebastián ha comenzado el Bachillerato. El 16 de Septiembre del año pasado, martes, de once y media a doce y media tuvo Sebastián su primera clase de matemáticas con don Roberto y era tal su emoción de conocer más profundamente a aquel hombre algo enigmático, que apenas se dio cuenta de que en el asiento contiguo al suyo, en el pupitre se había sentado María, *motu proprio*, sin que ninguna lista ni ordenamiento de los asientos de los alumnos la obligara. ¿Había cambiado María de actitud? Sí, como más adelante se verá.

La pizarra estaba limpia, el aula estaba limpia, las mentes estaban expectantes como corresponde a los primeros días de cualquier curso. Don Roberto tomó la silla que había junto a la mesa en la tarima y la bajó a la altura de los alumnos, se sentó en la silla de cara a ellos y dando la espalda a la mesa y a la pizarra. Don Roberto se cruzó de piernas y la que montaba dejó al descubierto, por subírsele algo el pantalón, una porción de la misma cubierta en parte por un calcetín negro impecablemente estirado y limpio. La parte de pierna no cubierta por el calcetín tenía el color blanco rosado propio de las personas mayores y estaba cubierta de un vello ralo y posiblemente sedoso propio también de estas edades. Don Roberto se abrió la chaqueta para poder apoyar las manos en los tirantes que le sujetaban el pantalón. Cada mano en un tirante con el dedo pulgar por detrás, como si se sujetara. Reclinó la cabeza algo hacia atrás y dijo:

- Me alegro de teneros como alumnos. Quiero que estudiéis para aprender, sin miedo, relajados. Quiero que me respetéis como yo os respetaré a cada uno de vosotros. Soy capaz de comprender cualquier problema académico o personal que podáis tener. No dudéis en contar conmigo para todo aquello en que penséis que yo os pueda ayudar. La matemática es una materia que os permitirá estructurar vuestras vidas. Por ser tan abstracta como lo es el alma, es la materia que más fácilmente llega a la misma. Quien entienda las matemáticas lo podrá entender todo en la vida.

Y después de una breve pausa, continuó:

- ¡Borren!

Sebastián miró la pizarra con atención, estaba limpia. Miró a los demás a ver qué hacían. Fue entonces cuando se percató de la presencia de María a su lado. Ella lo estaba mirando y él creyó diluirse en un elixir de sorpresa y de placer. Después hablaré con ella, pensó. Los veintitrés alumnos de la clase no sabían qué hacer, qué borrar. Quizás se refería don Roberto a borrar lo que había escrito en los pupitres, cosas como chuletas, corazones con flechas, fulanito quiere a fulanita, alguna frase soez, algún dibujo,....

-¡Borren vuestras mentes y déjenlas como está la pizarra, limpias!

La clase versaba sobre los números racionales, irracionales y reales, la recta real, intervalos, etc. Después continuó:

- Ahora marquen un punto A.
- Y a continuación otro punto B.
- Unan A con B.
- Dividan el segmento AB en tres partes iguales...

Y así continuó durante toda la clase, durante la que hubo que borrar varias veces la pizarra mental, una vez que se había llenado de números, puntos y rectas. Al final de la misma a Sebastián y a todos los demás les dolía la cabeza por el tremendo esfuerzo mental realizado. Al final de la siguiente clase de matemáticas con don Roberto, impartida en el mismo estilo, a Sebastián y a los demás también les dolía la cabeza, pero algo menos. A partir de la cuarta clase ya no les dolía la cabeza al final de la misma y a partir de la quinta clase, los alumnos no habrían concebido otra forma de explicar matemáticas que la que utilizaba don Roberto.

A Sebastián le gustaban las matemáticas y también la forma de explicarlas de don Roberto. Pero a Sebastián le gustaba, le atraía don Roberto. Sospechaba que detrás de aquel hombre sencillo y con vocación clara de profesor tendría que haber, además, una persona que merecería la pena conocer más porque proyectaba sosiego y ternura hacia los demás. Cuando a un alumno le gusta una materia, la forma de explicarla el profesor y también la personalidad de éste, el éxito está asegurado. Este era el caso de Sebastián en relación con don Roberto. Igualmente, cuando un profesor es consciente de que un alumno tiene verdadero interés por una materia y de que su método gusta al alumno, la motivación del profesor crece exponencialmente. Este fue el caso de don Roberto en relación con Sebastián.

Mostró Sebastián tanto interés por las matemáticas que explicaba don Roberto y hacía incursiones tan profundas en diferentes aspectos de las mismas a través de preguntas y cuestiones a don Roberto, que éste decidió, ya que se jubilaría pronto y no tenía obligaciones familiares, decidir ampliar los conocimientos matemáticos de Sebastián dándole a éste, gratuitamente, clases más avanzadas en su casa de la Plaza de las Flores. A Sebastián le pareció increíble la fortuna que había tenido. De mutuo acuerdo decidieron que Sebastián fuera la tarde de los jueves, a partir de las seis, a la casa de don Roberto. Durante el mes de Noviembre y parte de Diciembre Sebastián iba todos los jueves a las seis en punto a casa de don Roberto durante unas dos horas aproximadamente. Poco a poco las clases de matemáticas, sin desaparecer del todo, se fueron convirtiendo en clases para la vida y el comportamiento ante las dificultades y lo inesperado. También le hablaba Sebastián a don Roberto de su amor por María y de la relación que, desde los primeros días de Octubre, mantenía con ella y pedía consejo a don Roberto. De manera que poco a poco, don Roberto, que no quería ser amigo de los alumnos, se hizo amigo de Sebastián, que comenzó ya a ver al profesor como un segundo padre, situación a la que contribuía el hecho de que su padre, Ángel, no era ya el mismo de antes, se había vuelto taciturno y menos cariñoso. Desde hacía unos meses no hacía apenas caso de su hijo ni de su mujer y les hablaba muy poco, sin dejar nunca, sin embargo, de cumplir con sus obligaciones familiares.

Tenía razones el padre de Sebastián para haber cambiado. Desde hacía ya varios meses los pedidos de sus artículos se habían reducido casi a cero y además, muchos de

sus clientes, que le debían dinero, no podían tampoco hacer frente a la deuda. A pesar de todo Ángel tenía que seguir pagando a los trabajadores, lo que hacía puntualmente. Para ello utilizó en primer lugar sus ahorros y después todo su patrimonio. Vendió, a bajo precio, el apartamento de Cabo de Palos y el barco e hipotecó su casa de Murcia. Tenía Ángel la esperanza de que en Navidades cambiara la situación y que para los regalos de empresa éstas le hicieran pedidos que compensaran tanta pérdida. Por ello decidió que el mes de Diciembre, desde el primer día, viajaría por toda España intentado paliar la situación y conseguir los anhelados pedidos de sus bolígrafos y mecheros. Ángel se ausentó de casa el lunes 1 de Diciembre con intención de estar fuera hasta Navidades.

Un jueves, 11 de Diciembre, estando Sebastián en casa de don Roberto, llamaron a éste por teléfono para que fuera urgentemente a la clínica de la Vega de Murcia. Como la clase acababa de empezar y la clínica no está lejos de la casa, pidió don Roberto a Sebastián que lo esperara, que volvería en una hora aproximadamente.

Cuando Sebastián se quedó solo, la curiosidad lo venció y su mirada se dirigió a aquella carpeta de cartón azul con gomas blancas. No pudo -ni quiso- evitarlo y la abrió. Encontró unos ejercicios de matemáticas de la lección 6, un sobre abierto y unos folios escritos. Sacó el contenido del sobre y lo leyó: "DIAGNÓSTICO: TUMOR CEREBRAL MALIGNO" estaba firmado por un médico de la misma clínica desde donde le habían telefonado hacía un momento y dirigido a don Roberto Ortiz Serrano, don Roberto. Estuvo Sebastián a punto de caer al suelo. No podía creer que aquel hombre bueno, casi un padre para él, que ya había sufrido tanto en la vida, tuviese aquel doloroso final. No pudo evitarlo. Lloró y llorando miró, con la curiosidad acrecentada, los folios de la carpeta escritos por don Roberto. Eran cartas originales dirigidas a una tal Leonor, cartas que nunca habían sido enviadas. Quizás Leonor era una mujer imaginaria que coincidía con la mujer que a don Roberto le habría gustado conocer. Quizás Leonor existía y don Roberto se había enamorado de ella y le escribía cartas para sentirse así cerca de ella, sin enviarlas nunca.

Sebastián se fue sin esperar a don Roberto y nunca más volvió al Instituto, no podía. Era la primera vez que la vida había sido cruel con él, pues se llevaría pronto a la persona que más había admirado y que, con excepción de sus padres, más había querido. No quiso volver a ver a don Roberto. No sabría disimular. Antes de irse, Sebastián tuvo aún fuerzas para fotocopiar, en la impresora polivalente que don Roberto tenía en su mesa, las cartas que encontró dirigidas a Leonor. Aquella noche, en su casa, lo leyó todo con mucha atención y llegó a la conclusión, corroborando sus primeras sospechas de la tarde en casa de don Roberto, de que Leonor, en efecto, sólo existía en la imaginación de éste. Leonor era a don Roberto, pensó Sebastián, como Dulcinea a Don Quijote. Había sin embargo diferencias entre Leonor y Dulcinea. Don Roberto inventó a Leonor sabiendo que no existía, para poder sobrevivir y evitar la locura que produce la soledad y le enviaba mensajes a través de cartas que no enviaba a nadie, mientras que Don Quijote

inventó a Dulcinea sin saber que la inventaba, creyendo que existía, para presumir ante ella de sus andanzas y pretendiendo enviarle mensajes con Sancho Panza, al que hizo ir al Toboso. Leonor evitó a don Roberto la locura que produce la soledad. Dulcinea contribuyó a aumentar la locura que a de Don Quijote le había producido ya la soledad en que leía sus libros de caballerías.

Por si el lector está interesado se transcriben aquí las cartas a Leonor:

Mi querida y dulce Leonor:

Había mujeres como tú, pero yo no lo sabía. Había suavidad y ternura como las tuyas, pero nadie me las había dado nunca. Yo ahora estoy disfrutando de la esencia de una mujer, de una mujer que me llena de ilusión y de ganas de vivir. Ahora todo es una carrera contra reloj. Ahora, para mí, el final está muy cerca y no tendré tiempo de recuperar, contigo, el tiempo perdido. La vida siempre me ha tratado mal. Y ahora, al final, me muestra, cruelmente, lo que pudo haber sido mi vida si te hubiera conocido antes. Ahora todo son prisas, tú lo sabes, quiero disfrutar deprisa de ti porque el tiempo se me acaba. No se puede pedir al que se muere de sed, de sed de amar y de ser amado, que beba con mesura el agua del amor que se le ofrece y que sabe que durará poco.

Roberto



Murcia, 19 de Abril de 2008

Mi querida Leonor:

El espacio donde me refugio, Leonor, es una pequeña habitación llena de libros, de fotos, de disquetes de ordenador, de documentos, de títulos y de objetos que recuerdan algún momento, algún acontecimiento, algún encuentro o algún desencuentro de mi vida. Mi vida se puede confinar en una habitación de cuatro por cuatro metros, ¿no es triste? Esta habitación es el Sanctasanctorum de mi vida. Aquí está todo. Entre lo que conservo en mi memoria, en la memoria del ordenador, en los disquetes, en las fotos y lo que figura escrito

en los diferentes documentos, cualquiera que quisiera podría reproducir, con mucha precisión, mi vida desde que nací hasta ahora. Y todo este ambiente de celulosa, electrónica y nostalgia está condimentado con música melódica que suena sin parar desde el sencillo equipo de música que me regalaron unos amigos.

Este es el escenario, Leonor, mi amada Leonor, desde el que pienso escribirte, si tú quieres, cartas de confesión, cartas con remordimientos, cartas de sentimientos compartidos o muy personales, cartas de ilusiones rotas, de sueños perdidos, de sueños realizados, de amores secretos, de amores luminosos, de amores frustrados. Cartas, Leonor, a través de las cuales tu conocimiento de mí a través de mi vida, a través de mis frustraciones, a través de mis éxitos y de mis fracasos, de mis anhelos, será completo sin necesidad de poner patas arriba esta habitación. Tú, Leonor, como nadie, conocerás mi verdadera personalidad, mi verdadero pensamiento. Me mostraré ante ti como un animal abierto en canal, mostrando todas sus vísceras, todas sus interioridades, desangrado ya, pero no muerto, sino vivo, o mejor dicho, resucitado a la vida a través de ti, de mi relación contigo. Tú serás, Leonor, mi adorada Leonor, la única persona que conocerá mi vida, mi auténtica vida que, te lo aseguro, no te resultara aburrida ni monótona. Pero, Leonor, tienes que saber separar al Roberto que te ama del Roberto que te cuenta. El Roberto que te ama es el último, es el definitivo, es el de verdad. El Roberto de mis cartas, el Roberto pretérito no es el que tú conoces, era un Roberto perdido por las complicadas calles de un mundo que no era el suyo, un mundo en el que lo habían puesto y abandonado a su destino. Tuve que moverme por aquellas calles y entre la gente que las transitaban evitando, eludiendo, esquivando muchas veces ambientes hostiles y agresivos o, lo que es peor, ambientes de indiferencia. Mi paso por aquellas calles, por ese mundo que no era el mío, que no era el que me correspondía, me dio fortaleza, paciencia, conciencia, y habilidad para poder sortear los obstáculos y distinguir lo importante de lo banal, lo bello de lo zafío, lo real de lo aparente.

El final de mi deambular por mi vida anterior ha sido feliz. He encontrado la puerta de salida en la alta y espesa muralla que circundaba mi vida y el mundo en el que ésta se desarrollaba para, por esa misma puerta, entrar en otro mundo, que sólo tenía en común con el anterior esa puerta, y que es el mundo en el que tú te desarrollabas. Un mundo tampoco muy agradable, tampoco generoso, un mundo de apariencias. Cogidos de la mano tú y yo y sólo con nuestras propias convicciones y experiencias negativas y positivas, sabremos crear un mundo propio donde podamos amarnos, lejos de tu mundo y de mi mundo, al otro lado del río y al otro lado del mar. Un mundo donde nos amaremos en paz, con pasión, con ternura, eternamente, dulcemente.

A ti, Leonor, te escribiré cartas de amor, cartas donde te hable de mí y también de ti. Donde escriba sólo para ti. Tú serás, Leonor, mi confidente. Te contaré cosas que te gustarán, otras quizás no tanto, pero siempre serán vivencias de un hombre que estaba predestinado a amarte a ti y a ser amado por ti. Es lo mejor que nunca me ha ocurrido: conocerte.

Te escribiré cuando mi espíritu lo necesite, cuando quiera dar otro pespunte de hilo grueso, irrompible, que una más las dos partes de nuestra relación: tú con tu pasado y yo con el mío. Tú con tu ilusión y yo con la mía. Tú con tu amor y yo con el mío.

Te amo, mi querida Leonor.

Roberto



Murcia, 14 de Mayo de 2008

Mi querida Leonor:

De vez en cuando me gusta escribirte una carta de cierta extensión, por muchos motivos. Ya sabes que prefiero escribir a hablar, aunque hablarte a ti es muy fácil. Ante tu presencia las palabras emanan fluidas y rápidas y llenas de sentido. Es como si las palabras tuvieran prisa por salir para verte. Mis palabras, Leonor, también están enamoradas de ti, antes y después de que las cree. Pero hay muchos otros motivos para que me guste escribirte. Cuando te escribo una frase sé, que más adelante, tus ojos, tu mirada, recorrerán cada letra de esa frase y tengo la sensación, por adelantado, de que compartimos ese tiempo en que yo te escribo y tú lees. Es una compartición desfasada en el tiempo pero es una compartición al fin y al cabo. Además, lo escrito permanece y es reproducible. Puedes leer y releer y captar detalles que, cuando te hablo, pueden o no estar bien expresados o pasarte desapercibidos. Me gusta escribirte porque me siento acariciado por tu mirada cuando lees las palabras que te escribo. Me gusta también escribirte porque sé que guardas, en una carpeta virtual que has creado al efecto, todo lo que te envío. Es como si guardaras en tu corazón los pensamientos que te dedico en estas cartas. He llegado a ti por las palabras escritas, que permanecen.

Pero aun esta tarde no te he dicho nada nuevo. Sé que me repito muchas veces. Pero fíjate si se repite el movimiento de las ruedas de un coche, es siempre el mismo, pero gracias a esa repetición el coche avanza. Hay tres ejes en mi relación contigo: amor, respeto y fidelidad mental y física. Fidelidad mental es que te digo siempre lo que pienso, que no hay subterfugios en mi mente, que soy como parece que soy. Y fidelidad física pues no existe ni existirá ya nunca más en mi vida otra mujer que no seas tú. Entonces, Leonor, mis conversaciones y mis escritos versan siempre en torno a estos temas. Intento expresarme cada vez con palabras diferentes pero las ideas son siempre las mismas. Pero eso no es malo porque son buenas

ideas: amor, respeto, fidelidad, ¿qué importa si se repiten? Es más, es bueno que se repitan, que no se anquilosen, que no se oxiden, que estén siempre operativas y activas.

Hoy, Leonor, te amo más que nunca y te respeto más que nunca. Y quería decírtelo. Porque las cosas, Leonor, hay que decir las. Como dice García Márquez, nadie pasará a la historia por los pensamientos que no expresó. Quizás yo pase a tu historia, a nuestra historia por el amor que no dejé de expresarte... con palabras y con hechos.

Te amo, mi querida Leonor

Roberto



Murcia, 14 de Julio de 2008

Querida Leonor:

Es casi la una de la madrugada y no sé qué hacer. Todo menos ir a la cama. Está deshecha aún de anoche. Nadie me espera. A nadie le importa si me acuesto o no. Estoy solo, estaba solo ayer y estaré solo mañana. Estar solo y estar en la cama es una contradicción. Ir a la cama a dormir es una estupidez. Para dormir basta cualquier rincón, cualquier sofá, cualquier manta en el suelo. A la cama, a ciertas edades, no se va a dormir. Se va a compartir, aunque sea a compartir la nada. Compartir la nada es mejor que disponer de todo y no compartirlo. De modo que aquí estoy, delante del ordenador, sin saber qué hacer, sin saber qué escribir, sin saber para quién vivo, sin saber por quién muero. He vivido ya tanto que me sobra hasta la vida.

¿De qué podría escribir? ¿Por qué escribir? Para mí escribir algo es una forma de no estar solo. Mientras escribo pienso en el momento en que ocurrió lo que narro, en la gente que lo vivió conmigo, en la gente que lo leerá y, al menos durante unos minutos, pensará en mí, en quién soy, en qué me pasa. ¿Y qué me pasa? Creo que lo que me ocurre realmente es que soy mayor, que veo el final cerca, que el rectángulo profundo, también llamado fosa, mal excavado, con desgana, con el montón de tierra fresca cuajada de larvas de gusanos preparada en el borde, esperando la pala que manejada con soltura por un

sepulturero con mono azul (no me gustan los sepultureros uniformados) la lance, con prisas, sobre el ataúd de madera barata que la compañía de seguros ha proporcionado, junto a una corona de flores de plástico y quizás alguna otra de un amigo con un lacito que diga "no te olvidaremos" cuando todo el mundo sabe -y yo haría lo mismo- que a la mañana siguiente están de copas habiéndose ya, después de unas horas, olvidado completamente de ti o, a lo sumo, recordándote con frases tan manidas como: "parece mentira, anteayer hablé con él" o "parecía tan sano....", o "me habló de sus planes para el año que viene...y ya ves". Todo es ficticio, todo es mentira, todo es apariencia. El ruido de la tierra sobre un ataúd es un ruido grave, disgregado, amortiguado...que nunca más se olvida. Eso sí es auténtico.

Quiero creer en algo, Leonor. Quiero creer en alguien. Tener alguien en quien creer es una salvación. Yo busco a alguien en quien creer. ¿Se puede creer en alguien? ¿Qué significa creer en alguien? No sé nada. Pero debe ser gratificante creer en algo o en alguien. Envidio a los creyentes. Tienen el problema resuelto. Me gustaría ser creyente pero no lo soy. Ni creo que lo sea nunca. De modo que me toca sufrir, pensar, preguntar. Sin que nadie me dé una respuesta. Nadie puede dar una respuesta porque también están ocupados en preguntarse. Somos un conjunto de seres preguntando o preguntándonos y no hay nadie que nos conteste.

Sin embargo, creo sentir, a estas alturas de mi vida, una corriente de aire fresco, de aire puro y limpio que me invade el cuerpo y que, colándose por los pliegues de mi alma, la alivia, la limpia, la cura. Mi alma está podrida y sólo tú, Leonor, la puedes salvar de la podredumbre total. Confío en ti. Eres mi último tren.

Roberto

Murcia, 16 de Septiembre de 2008
(en una noche de insomnio y de recuerdos)

El sábado 20 de Diciembre, cuando Sebastián volvió a comer a su casa después de haber pasado la mañana con María paseando por el malecón que protege a la ciudad de posibles subidas del caudal del río, encontró a su madre descompuesta y llorando y algunos vecinos intentando consolarla. Se temió lo peor, y acertó. Su padre, Ángel, que había estado fuera todo lo que iba del mes de Diciembre, se había matado la noche anterior en un accidente con el coche, en la provincia de Cáceres. En el accidente no estuvo involucrado ningún otro vehículo. Posiblemente iba Ángel en busca de conseguir

algún pedido de sus productos o volvía de alguna entrevista fracasada. Quizás su estado de ánimo, angustiado por la ruina y la imposibilidad inmediata de salir de ella, le hizo perder atención al conducir. En diez días había tenido Sebastián las dos peores noticias de su vida y en diez días había madurado, por ello, diez años.

Luisa y Ángel, cuando se casaron, hicieron separación de bienes, de manera que Ángel pudiera llevar su negocio de una manera ágil y eficaz sin necesitar en ningún documento la firma de su mujer. Como Ángel tenía la convicción de que superaría la crisis económica que, sin previo aviso, se le vino encima, no informó de su ruinosa situación a su familia. Después de unas semanas de la muerte de Ángel y pasadas unas tristísimas Navidades sólo aliviadas para Sebastián por la suave y consoladora amistad de María, Luisa quiso hacerse cargo del negocio hasta que Sebastián fuera mayor de edad. Fue entonces cuando descubrió la ruina que le había ocultado Ángel y que ya no tenían ni donde vivir, pues no podía hacerse cargo de la hipoteca de la casa que pasó a manos del banco. La situación era desesperada. A Luisa apenas le quedaban dos mil euros que tenía guardados para algún capricho. Comenzó a gastar este dinero a la vez que escribió a su tía, Cristina, de Tordesillas pidiéndole, suplicándole ayuda. Cristina, que tenía ya una avanzada edad, se hizo cargo de la situación y fue generosa. Le escribió casi a vuelta de correos ofreciéndole un trabajo de limpiadora en su bodega además de una casa gratis en la que anteriormente habían vivido unos curas pero que ahora pertenecía a la familia y hacía tiempo que la tenían prácticamente abandonada. La casa está situada en el número 3 de la calle Alonso Román del Castillo de Tordesillas. Es una casa espaciosa pero muy vieja y deteriorada, que en su tiempo tuvo bodega y granero. El servicio está en el patio y como el resto de la casa está en desuso y abandonado. Esta es la casa que Cristina ofreció a Luisa que, a pesar de todo le quedó muy agradecida y comenzó a organizar su traslado a Tordesillas para finales de Enero del presente año 2009. Era el tiempo que necesitaba para arreglar todos los asuntos pendientes relacionados con el negocio, el despido de los trabajadores, el traslado del expediente de Sebastián desde Murcia a Tordesillas, la petición de una plaza para su hijo en algún Instituto de Tordesillas, y despedirse de las pocas amistades que dejaba en Murcia. En todo lo que tuvo que ver con el traslado y con Tordesillas, su tía Cristina se portó bien. Arregló lo de Sebastián para el Instituto. Además ordenó limpiar algo la casa, lo imprescindible para hacerla mínimamente habitable. El 30 de Enero, viernes, a las 8 de la mañana, estaban Luisa y Sebastián en la estación de Murcia esperando el tren para Madrid.

El día 2 de Febrero Sebastián se dirigió al Instituto, a su primera clase de 8:40 a 9:30, clase de Ciencias del Mundo Contemporáneo en el grupo 1 ºA de Bachillerato. No conocía a nadie ni quería conocer a nadie. No creía que hubiese ningún profesor, ni en ese Instituto ni en ningún otro, como don Roberto, ni ninguna compañera de clase que, ni de lejos, pudiera compararse con su amiga María. Allí estaba él, objeto de todas las miradas. Era "el nuevo", lo peor que se puede ser en un Centro de Enseñanza. Sólo la directora del Centro, doña Esperanza, y el profesor de la primera clase, don Bernardo,

lo saludaron y le dieron la bienvenida, nadie más. Sebastián estaba allí porque lo quería su madre, pero él se habría quedado en Murcia con María. Arruinado, con su madre limpiando en una bodega, viviendo en una casa a la que le daría vergüenza que fuera nadie, huérfano reciente y a punto de perder a su admirado profesor. Este es el estado de Sebastián en su primer día y su primera hora de clase en el Instituto Alejandría de Tordesillas. El futuro de Sebastián queda ya en manos de Dios y de sus compañeros.

Tordesillas, 9 de Febrero de 2009